

# DE ANNUAL A FONTAINEBLEAU, A TRAVÉS DE LAS PALABRAS DEL PADRE REVILLA

LAS CONDICIONES DEL RESCATE.—«NUESTRO SEÑOR ABD-EL-KRIM TE LLAMA».—LOS PRISIONEROS.—HUELLAS DE SANGRE.—EL CUARTEL GENERAL DEL GRAN ENEMIGO DE ESPAÑA

El Padre Emiliano María de Revilla prosigue de esta guisa su cada vez más interesante narración:

—A la mañana siguiente vinieron a buscarme. Se trataba de una Comisión, compuesta de diez o doce moros notables, uno de los cuales me dijo: «Nuestro señor Abd-el-Krim te llama; ven con nosotros.»

—¿Les siguió usted?

—Anduvimos cerca de una hora por entre arenas provistos de pobre vegetación. Vadeamos un riachuelo por un puente construído con gruesos maderos atados con cuerdas, y nos fuimos aproximando hasta donde Abd-el-Krim tenía establecido su cuartel general.

—Continúe usted.

—Por el movimiento de tropas, por el ir y venir de moros y moras, por la curiosidad que despertaba mi figura de franciscano en medio del grupo de Regulares rifeños y de moros notables que me conducía, comprendí que nos íbamos aproximando a donde el caudillo se encontraba.

—¿No estaban por allí los prisioneros?

—No, señor; pero percibía sus huellas; huellas de sangre, naturalmente: carreteras, bastiones, fuertes emplazamientos. Los materiales para tamañas edificaciones habían sido arrancados por los prisioneros en las canteras de piedra próximas al mar. Les empleaban de sol a sol en un trabajo bestial, mil veces peor que el efectuado por los penados españoles en Tarragona, cuyas obras de fortificación y cuyo puerto, al decir de los habitantes de aquella ciudad, están construídos con sangre.

—¿Cómo era el cuartel general de Abd-el-Krim?

—Era una especie de explanada como de unos mil metros cuadrados, cercada en su totalidad por un fuerte muro como de metro y medio de altura. El caudillo había hecho construir sus habitaciones en uno de los ángulos, al cobijo de unas peñas, a la sombra de unos árboles. En diferentes puntos había emplazados hasta tres cañones de tiro rápido. Existían sendos espacios subterráneos donde refugiarse para eludir la acción de los bombardeos aéreos, y en medio de todo, destacando su límpida blancura sobre la calva del terreno, una gran tienda de campaña.

—Es interesante.

—Lo es muchísimo más lo que sigue: Abd-el-Krim, al llegar a las inmediaciones de su morada, envió a mi encuentro lo más destacado de su corte. Conocedor de que en el Extranjero se sabía que el guerrero más fuerte, más diestro y más peligroso era el rifeño de Beni-Urriaguél, que esta cabila era la que dirigía y encuadraba la rebelión y la que daba contingentes de mayor valor combativo, creyéndome efectivamente enviado del Gobierno francés, quiso, sin duda, que yo pudiera apreciar lo fuerte y numeroso de sus Regulares, la



Guardia de caballería de Abd-el-Krim



Sidí-Ho-Said, el único guardia de los prisioneros de Abd-el-Krim que los trataba con afectuoso respeto

fierza de sus mías y de sus tabores, todo el contingente de sus tropas, que, formadas en dos interminables filas, me iban dejando franco el paso, así como a los moros notables que me acompañaban.

EL EJÉRCITO REGULAR DE LA REPÚBLICA DEL RIF.—UN AVIÓN SOBRE EL TERRITORIO DE BENI-URRIAGUÉL.—MOMENTOS DE INQUIETUD

—¿Tenía Abd-el-Krim bien organizado su ejército?

—Le diré a usted. Era una especie de milicia montañesa, armada con los machetes, correajes y fusiles que nuestros soldados habían perdido en las trágicas horas del derrumbamiento de Annual.

—¿Quién era la suprema autoridad de todo aquel contingente combativo?

—Ahmed Budra, su titulado ministro de la Guerra. Este, bajo la gestión directa e inmediata de M'Hamed ueld Abd-el-Krim y de su próximo pariente el Pajarito, organizaron militarmente a todas las cabilas de Beni-Urriaguél para que todas ellas pudieran facilitar con regularidad los contingentes y relevos, para mantener con carácter permanente cierto número de guardias, hostilizando, con mayor o menor intensidad, las posiciones españolas.

—El creador de la República del Rif, ¿gratificaba bien a sus soldados?

—Les pagaba una insignificancia. Lo que mantenía constantemente en pie de guerra a todo aquel ejército era el fanatismo con que le habían reclutado, el «odio africano», justa expresión de las violencias de unas pasiones, más arraigadas allí que en ninguna otra parte.

Las máximas sobre que edificó Abd-el-Krim todo el edificio de su organización militar fue-

ron éstas: «Más vale morir de una vez que morir a fuego lento bajo el yugo del extranjero.» «La muerte en el camino del derecho no es la muerte; es la vida inmortalizada.»

—¿Era muy crecido el cupo de aquel ejército?

—Con todo y con eso, no obstante el alarde guerrero desplegado por el cabecilla africano, este ejército regular que servía de espejuelo para cazar incautos, fué un fracaso, ya que no llegó nunca a rebasar la cifra de cuatro mil hombres. Y en cuanto a valor, no le diré sino que el que había congregado a su alrededor aquella mañana para deslumbrarme, se desvaneció como el humo, desapareciendo bajo los subterráneos a que antes me he referido, ante la aparición de un aeroplano de nuestro ejército que comenzó a evolucionar por aquellos lugares.

—A usted, ¿le llevaron consigo o le dejaron solo?

—Mucho peor. Me encerraron en la tienda de campaña que había plantada en medio del cuartel general. ¿No adivina usted con qué intención?

—No sé.

—Con la de que siendo la tienda de campaña el punto de mayor visibilidad de la explanada, por si acaso mi ida a Axdir tenía alguna relación con el vuelo del aparato que tanta inquietud les había producido, caso de que llegase a descargar algunos proyectiles sobre la posición, al único que matara fuese a mí.

—¿Pasaría usted momentos de verdadera inquietud?

—Imagínese. El aparato, pilotado, según pude controlar luego de mi viaje, por un capitán amigo mío, estuvo evolucionando sobre Tensaman por espacio de un cuarto de hora, finado el cual se perdió en el horizonte para salir al mar por frente al peñón de Alhucemas.

—¿Se restableció la comitiva?

—Apenas desaparecido el avión, rehecha la comitiva, desplegadas nuevamente las tropas desde la entrada de la posición hasta la residencia del moro de Beni-Urriaguél, vinieron a buscarme: «Nuestro señor el emir Si Mohamed ben Si Abd-el-Krim el Jatabi el Conquistador, te aguarda. Síguenos»—me dijeron—. Y en efecto, les seguí.

LA ENTREVISTA CON ABD-EL-KRIM.—LAS CONDICIONES DEL RESCATE.—EL REGRESO A ESPAÑA

—Abd-el-Krim—continúa el fraile diplomata—me recibió en un amplio salón, rodeado de toda su corte. Pendientes de las paredes se veían